

Abdala, Marcelo; Castillo, Juan. **Identificación y análisis de los principales cambios realizados por los nuevos gobiernos. Uruguay.** *En publicación: Los gobiernos progresistas en debate. Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay. Elias, Antonio.* Programa de edición y distribución cooperativa de CLACSO. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; PIT-CNT Instituto Cuesta Duarte : Buenos Aires, Argentina. Julio 2006. ISBN 987-1183-48-8

Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/edicion/elias/PPUruguay.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

Uruguay

MARCELO ABDALA

ESBOZARÉ CUATRO HIPÓTESIS sobre la realidad uruguaya y cuatro aspectos de carácter global sobre la realidad del continente.

En primer lugar, nuestro movimiento sindical señala que a partir del 1° de marzo estamos en una nueva situación política y social, radicalmente diferente a la anterior. Que potencialmente es la negación crítica de toda la historia del país. A partir de la espiral de desarrollo de las luchas sociales y políticas se inaugura un nuevo momento, un plano superior. Todo esto como potencialidad, en un proceso de acumulación de fuerzas que el pueblo uruguayo ha venido desarrollando para transformar la sociedad.

En segundo lugar, esta nueva situación en la cual la inmensa mayoría vota por un cambio es resultado de un proceso construido en función de una orientación política y social de amplitud y de masas. Una larga peripecia de acumulación de fuerzas que fue generando toda una serie de herramientas a disposición de nuestro pueblo, entre las que está la unidad de toda la clase obrera alrededor de una central única. En una peripecia atípica en el concierto continental y mundial, este proceso de unidad de los trabajadores se desarrolló en un esquema de firmeza de principios, de construcción de la organización, de defensa integral de los intereses del movimiento obrero que desde su fundación adoptó el programa del Congreso del Pueblo. Congreso donde representantes de 800.000 uruguayos se reunieron a elaborar un programa de salida a la crisis que a fines de los sesenta ya se empezaba a manifestar, como parte del fracaso del modelo de sustitución incompleta de importaciones.

Una orientación, por tanto, que –construyendo herramientas populares– avanzó y repercutió en el esquema de unidad sin exclusiones de toda la izquierda uruguaya y que cristaliza en esta nueva situación política donde, con modestia pero con mucha claridad, consideramos que hay un papel vertebral de la clase trabajadora uruguaya, manifestado a lo largo de toda la historia. Se unieron los trabajadores en una sola central, contribuyeron con su orientación a desplegar una orientación de unidad, de amplitud de masas, ayudaron a una obra de tejido, de arquitectura, para conformar un frente político sin exclusiones, enfrentaron a la dictadura con una huelga general de 15 días, estuvieron en la resistencia a la dictadura, organizaron una contraofensiva democrática, pleitearon sin pausa con-

tra el neoliberalismo, contribuyeron a evitar las privatizaciones – más allá de que algunas privatizaciones periféricas se desarrollaron en nuestro país– y hasta en el 2002 –cuando muchos desde el plano político partidario estaban haciendo “la plancha”, esto es, esperando solamente el crecimiento vegetativo que el cambio generacional implica para la izquierda– el movimiento obrero salió muy fuerte a pelear juntando a pequeños y medianos productores de la ciudad y del campo para aislar a las políticas neoliberales contribuyendo a que desde el punto de vista social se expresara esta nueva situación política.

En tercer lugar, consideramos que el gobierno progresista es una unidad amplia, compleja y contradictoria, de los intereses de los trabajadores, de las capas medias más o menos tradicionales y de pequeños, medianos y grandes en algunos casos, productores, capitalistas de la ciudad y del campo. Esta composición de clases y sectores sociales inaugura por tanto una situación fluida, sometida a tensiones, a una disputa por la hegemonía, donde en definitiva estará en juego la profundización del proceso y la potenciación de aquellos aspectos más positivos que se manifiestan en la nueva situación o, por el contrario, un estancamiento en la administración más honesta de la crisis del capitalismo, y potencialmente una regresión hacia la derecha.

Por tanto tiene una composición fluida, contradictoria, sometida a tensiones y presiones y a una disputa hegemónica. En el plano de las medidas concretas, por ejemplo, ha implicado un proceso de enorme democratización del mundo del trabajo. Se han abierto amplios cauces democráticos de negociación entre capital y trabajo, en lo que aquí se llama los Consejos de Salarios, los asalariados rurales por primera vez en la historia acceden a la negociación colectiva y los trabajadores de la actividad pública, en muchos casos, por primera vez también acceden al derecho de tener relaciones obrero-patronales con el mismo Estado. Hay una proliferación de ámbitos de participación para el movimiento sindical y estos son componentes positivos, estratégicos de la nueva situación.

Al mismo tiempo el país tiene enormes restricciones para aumentar su gasto público en una estrategia de desarrollo, debido a un acuerdo con el FMI hecho bastante rápidamente e inaugura toda una serie de restricciones importantes para potenciar la inversión pública. En función de una estrategia de desarrollo, hemos planteado la necesidad de una auditoría ciudadana de la deuda externa, donde se haga toda la genealogía del capital financiero para ver qué parte hay que honrar y qué parte es ilegítima desde el punto de vista de que fue contraída por una dictadura, etcétera. Ambos “momentos” de la realidad: profundización democrática y forma de negociación con el FMI son contradictorios.

En último y cuarto lugar en torno a la peripecia uruguaya que hace parte de la cuestión continental, es que nosotros consideramos que el camino crítico de las transformaciones económicas y sociales de nuestro país y del continente pasa por el concepto de la profundización de la democracia. Si al modelo socioeconómico neoliberal le es concomitante una concepción de democracia de baja intensidad, a un proceso de transformación económico y social le es concomitante amplísimos cauces de participación de la sociedad en la definición de la cosa pública. Desde nuestra óptica, una profundización de la democracia que inclusive vaya más allá de los límites tolerables por parte de las clases dominantes.

En ese sentido, el proceso de organización de los trabajadores es aquel que puede permitir, en alianza con todos aquellos sectores populares, disputar la profundización del proceso.

Los otros cuatro aspectos globales: en primer lugar sería interesante reflexionar en qué momento estamos en América Latina. Así como la revolución cubana significó en el continente todo un proceso de desarrollo de la lucha por las transformaciones. En su momento, el Cono Sur en virtud de la contraofensiva del imperialismo se tiñó de negro con dictaduras. Así como en América Latina los procesos de recuperación de las democracias que luego fueron de poca intensidad, pero democracias, fue más o menos en todos los países igual. Así como en los noventa tuvimos la hegemonía, insuficientemente contestada en el continente, del capital financiero transnacional y sus políticas neoliberales, nos parece que pueden tenerse visiones críticas sobre cada uno de los gobiernos en particular, pero ello no niega que efectivamente estamos en un nuevo momento en América Latina. El proceso revolucionario en América Latina, a pesar de la diversidad de sus formas nacionales es por su contenido un proceso continental.

Para nosotros, no por ser metalúrgicos, nos queda un poco grueso caracterizar al gobierno de Lula como neoliberal. Digo esto, porque en un país, donde el movimiento sindical no podía participar en la discusión de la política industrial, porque el gobierno decía que la mejor política industrial es la que no existe, inclusive comparando la peripecia uruguaya en ese momento, no con Lula, sino con lo que hacía Fernando Henrique Cardoso, y apoyábamos a nuestros compañeros de la Central Única de Trabajadores (CUT) a decirle neoliberal, y que armaba ámbitos tripartitos para discutir competitividad de cadenas productivas, con participación de los trabajadores, ya al gobierno de Fernando Henrique nos costaba un poco caracterizarlo de neoliberal, comparados con estos neoliberales *extremis vulgaris* que teníamos en Uruguay.

Un segundo aspecto muy importante –que está proscrito en el pensamiento social y teórico latinoamericano– es la composición de clase de los nuevos gobiernos y el análisis de si potencialmente pue-

den constituirse, en un marco de luchas y procesos concretos, bloques hegemónicos distintos en el continente o si solamente se están produciendo cambios en la elite que gobierna.

Hemos notado que el factor de clase como fenómeno explicativo de la realidad económica, social, política y cultural efectivamente ha estado casi proscrito en el pensamiento latinoamericano y eso hace a los éxitos del pensamiento único, inclusive en nuestras propias formas de pensar y concebir. Nos parece que este enfoque tiene una enorme riqueza para analizar la realidad social, política, cultural e ideológica de toda América Latina.

Un tercer aspecto, uno de los problemas que nosotros vemos para avanzar con más claridad, es el subdesarrollo en toda la izquierda y los sectores avanzados de América Latina para disputar con el neoliberalismo no solamente en la esfera de la distribución, sino también a través de una estrategia de desarrollo productivo distinta a la que ellos han promovido.

Y un último aspecto que me parece interesante en el plano continental es, para no hipotecar los procesos de cambio, cómo se trabaja y se induce una muy fuerte organización del movimiento popular que es, en definitiva, quien puede disputar la profundización del proceso.

JUAN CASTILLO

LA INMENSA MAYORÍA DE NOSOTROS hemos sido partícipes de períodos distintos de Uruguay, de la región y del conjunto de los pueblos de América Latina. Períodos como la década del sesenta, del setenta, con el auge de los movimientos populares, el avance de las fuerzas políticas de izquierda y con la escalada represiva que se instaló en la mayoría de los países del área y desencadenaron, fundamentalmente entre 1970 y 1980, las dictaduras. Todavía en nuestro país han quedado heridas abiertas, y ahora estamos en un proceso de debate y discusión política bien interesante, encabezado por el gobierno.

Cuando recuperamos la democracia, no solamente los uruguayos, el conjunto de los compatriotas sudamericanos, pensábamos que tocábamos el cielo con las manos, pero inmediatamente la concepción neoliberal se instaló en la mayoría de los gobiernos y otra vez los pueblos, los trabajadores, seguimos sufriendo las mismas penurias que antes, en desiguales condiciones.

Hoy hay un mapa político distinto en nuestra América. Pero ¿hacia dónde apuntan esos cambios?, es lo que nos hemos propuesto debatir con diversos sectores sociales, fundamentalmente con nuestros compañeros del resto de América, con los intelectuales. De lo que se trata es, desde el presente hacia el futuro, qué país, qué

pueblos, qué América, qué procesos van a seguir nuestras sociedades. Y es allí que remarcamos la capacidad del análisis crítico. Analizar críticamente esta realidad no significa que estemos en contra de todo. Hacer un análisis crítico y autocrítico nos va a dar la posibilidad de valorar positivamente aquellos cambios que –en lo político, lo social, lo económico– efectivamente sean una cuestión positiva, un salto cualitativo y que lo podamos colocar en la columna de los avances. Pero también van a aparecer cuestiones con las que no estamos de acuerdo, con las que tenemos discrepancias, con las que estamos en contra y debemos dar nuestra opinión, porque sentimos el derecho y la necesidad de expresarla y no quedar encerrados en cada uno de nosotros.

Siempre afirmamos que es preferible dar debate, originar la discusión, aun a costa de que no todos nos entiendan, porque lo peor es tener que hacernos una autocrítica dentro de uno o dos años porque las cosas salieron mal y aquellas cosas que pensábamos o que no le teníamos tanta confianza no las hicimos saber en su momento. Este es el rol que hemos ubicado en el análisis y la discusión de este encuentro, fundamentalmente con una visión desde el movimiento sindical, desde el punto de vista de los trabajadores.

Respecto a Uruguay en los casi seis primeros meses de gobierno valoramos y no tenemos dudas en afirmar que han habido avances muy importantes en materia política y social. Luego de catorce años sin tener ámbitos de negociación colectiva, sin Consejos de Salarios para los trabajadores de la actividad privada, originando la mayor explotación que han tenido en los últimos tiempos nuestros trabajadores, valoramos como muy positiva la convocatoria a Consejos de Salarios. Independientemente del resultado final de cuánto va a ser el aumento, lo más importante es volver a recuperar un ámbito tripartito, un ámbito de negociación colectiva. Y lo hace a esto aún más importante el hecho de que, por primera vez en la historia, los trabajadores uruguayos de la actividad pública y los asalariados rurales también tienen ese ámbito y por primera vez en la historia política los consideran ciudadanos de igual nivel que el resto de nuestros compatriotas, porque antes lo consideraban material de desecho.

También es positivo el Plan de Emergencia para enfrentar la situación social que dejaron las políticas neoliberales, que primero nos robaban el trabajo y nos excluían, dejándonos marginados de las zonas urbanas más importantes, de la sociedad misma, creando miles y miles de trabajadores, estudiantes, jubilados y fundamentalmente niños que fueron a dar a ese gran bolsón que ahora se le llama “el cinturón de las ciudades”, donde están los asentamientos irregulares y adonde vamos a parar a quienes nos califican después como los marginados pero en realidad fuimos y somos los excluidos de este tipo de políticas económicas que se han aplicado en nuestro

país. ¿Cómo entonces no valorar como positivo que este gobierno haya creado un plan que atienda en primera instancia esta situación, contribuyendo solidariamente a rescatar a ese conjunto de compatriotas donde mayoritariamente viven trabajadores desocupados?

Estamos avanzando en materia de derechos humanos. Valoramos como tremendamente positivo los avances en materia de saber la verdad y de que se haga justicia que el gobierno emprendió políticamente desde que asumió, coherentemente con su discurso. Aunque todavía todas estas cuestiones de derechos humanos, de verdad y justicia, están bien lejos de cumplirse el total de las aspiraciones que tenemos como trabajadores y clase obrera, no por eso las vamos a descalificar. Ha sido un avance notorio, un salto político que hemos dado en estos primeros seis meses y así lo apreciamos desde el movimiento sindical. Valoramos señales políticas, como el hecho de que por primera vez en la historia del mundo los trabajadores uruguayos pudimos en nuestro histórico día de lucha de la clase obrera internacional, el 1° de Mayo, utilizar la cadena de radio y televisión para emitir un mensaje desde la visión como trabajadores al conjunto de los compatriotas.

Entre hechos, decisiones y señales políticas hay un conjunto de elementos que consideramos importantes, que son un avance. Pero eso no va a hacer que ignoremos o no digamos que hay algunas cuestiones que no las entendemos, no las compartimos o directamente estamos en contra, que permanecen en el debate de todos los días.

Tenemos una posición contraria a la interpretación política que hizo el gobierno el mismo día que resultó electo sobre la decisión soberana del pueblo, respecto al decreto del agua. Para nosotros, la población, con un 65% de los votos, fue absolutamente clara. El gobierno interpretó de una forma, a través del decreto, con la que mantenemos una notoria diferencia política y lo debatimos hasta ahora con el gobierno.

No entendemos las contradicciones que se generan en este gobierno de izquierda en cuanto a los contenidos del Tratado de Inversiones de Uruguay con los Estados Unidos, más allá de que ya sabemos que fue el gobierno anterior que lo firmó, pues este tratado sólo es viable si el Parlamento lo aprueba. Pero ahora han aparecido contradicciones en la propia fuerza política, se habla de aspectos que son buenos, que podrían ser considerados, cuando en realidad la inmensa mayoría de los pueblos de América, con sus organizaciones sociales, nos movilizamos en contra de cualquier tratado que fortalezca todavía más la intervención del imperialismo en nuestros países. Esto ha generado debates en torno a las dudas que aparecieron en las fuerzas políticas del gobierno. Incluso hemos afirmado que la resolución que tomó el 1° de marzo el gobierno recién electo, que fue una de las más importantes políticamente, de restablecer

las relaciones diplomáticas con Cuba, quedaría simplemente como un hecho anecdótico si al mismo tiempo se aprueba en el Parlamento un tratado de este tipo que nos limita o prácticamente nos impide tener trato comercial o intercambio productivo con nuestros compañeros cubanos. Estamos en contra y se lo hemos manifestado al gobierno, pero este tema sigue aún en debate.

Pero centremos la discusión en las diferencias que tenemos con la concepción económica que sigue el país. Esto es para nosotros “la madre del borrego”, ahí tenemos instalada la mayor parte de las diferencias. No queremos caer en debates de fundamentalismos ni en discusiones banales. En realidad los trabajadores no sólo tenemos distinta opinión sino que, al mismo tiempo, también nos organizamos y movilizamos en contra de esa concepción. Hay un ejemplo que voy a repetir: que fue inconcebible que la primera medida que hiciera el equipo económico fuera ir al exterior a renegociar la deuda externa con el FMI, el Banco Mundial y el BID, y a su vuelta –luego de haber hipotecado las ya esmirriadas finanzas de los uruguayos– vengan a discutir con nosotros a los Consejos de Salarios, diciendo que NO a una cantidad de cosas: que NO va a haber presupuesto para la enseñanza ni para la salud, que NO se van a poder construir tantas viviendas, que NO se va a poder recuperar tan rápido el salario perdido. Todo porque este gobierno se ha comprometido a que, en los primeros dos años de su gestión, 2.000.000.000 (dos mil millones) de dólares se vayan del país para pagar la deuda externa, los intereses, los préstamos y servicios que contrataron los gobiernos anteriores e incluso la dictadura, utilizados algunos para reprimir al propio pueblo. Estamos en contra y queremos discutirlo ahora.

Luego de haber analizado los avances políticos, los hechos más destacados, las diferencias que tenemos con el gobierno, concluimos que, en primer lugar, la izquierda en el gobierno todavía no conoce todo el aparato del Estado. El aparato burocrático-militar del Estado le está pesando demasiado a la izquierda y a muchos se los está tragando y esa es una voz de alerta que damos. ¿De qué vale llamarse gobierno de izquierda o progresista si vamos a dejar todo como está y no nos proponemos cambiar, reformar las instituciones desde adentro? Sabemos que no puede hacerse de un día para otro, pero por lo menos las primeras señales deberían ir en ese sentido y no estamos percibiendo esas señales.

También vemos que hace falta mucha más clase obrera, trabajadores, dentro de las estructuras políticas de izquierda y dentro del propio gobierno. Es notorio el peso que han adquirido sectores de la izquierda en la burguesía y capas medias de nuestro país. Aquí si no se es intelectual no se nos tiene en consideración. Esto también lo queremos debatir.

¿Nos quedamos solamente en la crítica desde nosotros hacia fuera o comenzamos a hacer un proceso de autocrítica? Al respecto creemos que tenemos un enorme papel, un enorme desafío por delante y no podemos quedarnos a un costado. Necesitamos y reclamamos que el gobierno logre el involucramiento del conjunto de nuestro pueblo y de las organizaciones sociales, fundamentalmente de los trabajadores, en un proceso político de cambios, sino no habrá cambios. Algún compañero decía –muy expresivamente– que no queremos ser espectadores desde la tribuna de cómo se está jugando el partido, queremos que se nos convoque. Creemos, además, que no se nos puede dejar de lado a quienes hemos contribuido bastante, a generar un estado de conciencia que le permitió a nuestro país tener hoy un gobierno de izquierda o progresista.

Al final del período de gobierno, en lo único que vamos a poder medir los uruguayos, es –si este gobierno efectivamente fue de izquierda o progresista– en qué forma cambió la distribución de la riqueza. Si las cosas quedan tal cual están, solamente se habrá administrado la crisis, entonces habremos fracasado. Por tanto, debemos seguir fortaleciendo las estructuras unitarias que ha construido nuestro pueblo. Hoy hay, no sólo en Uruguay, sino en el resto de América algunas luces amarillas intermitentes, hay una alerta que están colocando los pueblos hermanos de nuestro continente, producto de que por más que se tenga discurso de izquierda, si luego no hay un compromiso político de cambios institucionales y de reformas sustantivas para cambiar de raíz la sociedad, va a ser muy difícil llegar con éxito a cumplir nuestros objetivos. Y lo peor que podría pasar es propinarle a nuestro pueblo un nuevo fracaso, que sería además una frustración enorme. Esto no es la opinión unánime de nuestra central sindical, sino, simplemente una visión personal, un aporte.